

ENTREVISTA

ENTREVISTA REALIZADA A LA MAESTRA BLANCA URIBE¹

Por: **Luz Marina Monroy**

Docente. Departamento de Música. Facultad de Artes. Universidad de Antioquia

Luz Marina Monroy: buenos días maestra Blanca Uribe, estamos encantados y agradecidos de que hubiera aceptado este encuentro con nosotros; porque queremos hacer una presentación amplia al medio artístico para ofrecer un perfil profundamente humano de usted.

Blanca Uribe: yo encantada.

Luz Marina Monroy: encantados nosotros de poder hacer esto, sobre todo porque, cuando uno revisa la información que es visible de usted en todos los medios, encuentra que hay cosas reiterativas, aunque, lógicamente, logran hacer unos trazos de lo que ha sido una trayectoria artística de profundo y absoluto cuidado en la construcción de su carrera. Pero, siempre se me ha quedado una pregunta que me inquieta ¿El trasfondo de la maestra Blanca Uribe cuál es?

Entonces, maestra, quiero que nos cuente un poco sobre cómo fue su formación.

Blanca Uribe: yo siempre digo que fui afortunada en la carrera que me escogió a mí. Porque recuerdo desde pequeña, desde los cuatro años, estar siempre escuchando a mi papá; no solamente porque me gustaba sino por la forma como mi mamá hacía para nosotros lo más importante que era lo que mi papá estaba haciendo. Si él tocaba un solo para la orquesta de la

1 Esta entrevista se realizó en las instalaciones de CreaLab de la Universidad de Antioquia

radio, nos llevaban a todos, esto era siempre una celebración, era una cosa muy alegre de oír. A veces él ensayaba en la casa, por eso desde chiquita yo lo oía, y aunque no teníamos piano, él nos llevaba a los ensayos con Oriol Rangel –y, ¡por favor!, yo crecer oyendo a Oriol Rangel!- quien, además, era un ser muy cariñoso.

Entonces, todo ha sido una felicidad en esa época, y una cosa muy natural. En un inicio mi mamá me obligaba a estudiar 20 minutos -pero era para estudiar-, porque nos sentábamos en el piano a estudiar; aunque ella no sabía de música. Recuerdo cuando nos compraron el piano, en las reuniones familiares mi padre y sus hermanos siempre se reunían alrededor de la música; por eso yo digo que el piano me escogió a mí, porque en mi familia yo pude haber sido flautista, chelista o violinista, pero el encanto del piano siempre me llamó la atención. Esto es así porque el amor que le tengo al instrumento y su sonoridad ha sido de toda la vida.

Luz Marina Monroy: maestra, ¿En qué momento la familia impulsa su estudio musical?

Blanca Uribe: mi padre fue un músico excepcional, él tocaba en la banda, en la radio, daba clases en la tarde y por la noche, los conciertos en la radio. Él, por lo tanto, no se preocupó de que sus hijos tuviesen que aprender música; fue mi mamá la que decía: “yo quiero que mis hijos estudien música”, y como mi abuela venía a almorzar una vez a la semana, entonces mi mamá dijo: “aquí tengo la profesora gratis”, fue así que empecé clases con mi abuelita, yo agradezco mucho porque estudiar música nunca fue traumático para mí.

Luz Marina Monroy: cuéntenos un poco de la tradición musical de su familia.

Blanca Uribe: mi padre tanto como sus hermanos fueron músicos; mi abuelo era músico, era violinista y director, también estudió medicina y estuvo en la guerra de los mil días, se casó con una barranquillera pianista, que tocó en el Teatro Colón en alguna época. Luego, recuerdo que mis tíos tocaban el chelo, el violín, el contrabajo; pero todos los hermanos coincidían en que el más talentoso entre ellos era mi papá.

Mi padre fue un virtuoso en la flauta, instrumento del cual recibió clases desde muy joven, también interpretó el clarinete, y además tocó el saxofón, y eso que de estos últimos no recibió clases con nadie. El maestro Alex Tovar, amigo de mi papá, compró un saxo en Estados Unidos, el cual venía con un método y cuando Alex estudiaba una lección se la pasaba a mi padre. Nosotros nos preguntamos cómo hizo él para aprender a tocar el saxofón con la maestría que lo hizo.

Todos los hijos y los sobrinos le tenemos una gran admiración a la extraordinaria aptitud musical de mi papá, de la cual nos regaló un poquito a todos. No obstante -en mi apreciación- todo ese talento lo heredó Andrés, el menor, ese sí es extraordinario, además de que es muy musical, también es muy artístico.

Ahora, recuerdo también a mi abuelo y sus hermanos, todos músicos; entre ellos se destacan Samuel Uribe Uribe, compositor y Daniel Uribe Uribe que tocaba la guitarra y cantaba bellísimo, ellos fueron los primeros que viajaron a Nueva York a grabar música colombiana con Emilio Murillo en 1910. Por eso digo que la tradición viene desde hace muchos años; mi bisabuela, muy conocida en el ambiente artístico de la ciudad a principios del siglo xx, fue muy cercana a Gonzalo Vidal, incluso a su casa, cuando se hacían reuniones, iban todos los músicos importantes de Antioquia, y ya en 1910 mi abuelo era un músico conocido...no sé si a mi abuelo le tocó el nacimiento de mi padre porque se encontraba viajando a Nueva York por asuntos musicales. Entonces esta tradición - en mi familia-, ha sido de toda la vida.

Luz Marina Monroy: observo que fue el padre y su familia quienes tuvieron una gran tradición musical; no obstante, es la madre quien los impulsa a ustedes y los motiva en este aprendizaje.

Blanca Uribe: mi padre dice que mi madre lo conquistó, porque ella era vecina de los Uribe Uribe y en las noches se asomaba a la ventana a verlos tocar y era fascinada. Pero hay una historia que recuerdo mucho de pequeña y era que mi papá iba con mi mamá al Festival de Música de Cartagena, esos festivales eran en los años cuarenta; allá llegaban grandes músicos, y mi mamá -según recuerdo- escuchó los conciertos para piano de Mozart; en ese entonces venía una gran orquesta de Guatemala. Esos Festivales de música en Cartagena en los años cuarenta fueron muy importantes, es una lástima que de ellos no haya podido encontrar material. Carlos Villa, el destacado violinista colombiano, me contó que, en ese festival, cuando él estaba pequeño, pudo escuchar por primera vez a Yehudi Menuhin, uno de los más grandes violinistas del siglo xx.

Así que mi mamá siempre acompañó a mi papá a ese Festival, y una vez cuando ellos estaban allá -según recuerdo- ella escuchó a dos hermanas tocando el concierto de Mozart para dos pianos, creo que eso fue cuando yo tenía seis años, y ella pensó: “yo quiero que mis hijas toquen piano”; creo que ella nunca se imaginó que sus hijas darían conciertos, pero quería que estudiáramos el piano, entonces, como que le debo un poquito del estudio de este instrumento al Festival de Cartagena de ese entonces.

Luz Marina Monroy: maestra, cuéntenos si las lecciones de música en la intimidad de su casa tenían alguna dinámica.

Blanca Uribe: mi mamá, luego de que mi abuela me daba la clase, también tomaba la lección para después poderme ayudar; se sentaba al lado mío y yo a los seis años estudiaba diez minutos, quince minutos, pero a veces me saltaba la lección, para terminar rápido y ponerme a hacer otras cosas, y cuando ella sospechaba algo irregular en el sonido me decía: “eso no me sonó bien”, entonces volvíamos a empezar. La abuela dijo, después de un tiempo, que mejor me consiguieran una maestra; yo para esa época ya estaba un poco más grande y me iba sola a Bellas Artes, tenía más o menos nueve años y en Medellín, en ese entonces, no era peligroso que una niña a esa edad fuera sola al instituto para la lección de piano. Después de Bellas Artes me llevaron al conservatorio de música de Bogotá, mi mamá siempre me acompañó en todos los procesos de la infancia.

Luz Marina Monroy: hay una constante en usted, y es una cierta capacidad de arrojo para lanzarse a ese sueño, a esa pasión por la música, por el piano. Cuéntenos maestra, ¿encontró en la academia un acompañamiento continuo por parte de los profesores?

Blanca Uribe: yo siempre digo que tengo un angelito en el cielo, a mi mamá se le podía contar todo, ella era muy fuerte; en cambio mi papá se moría de los nervios, a él no se le contaba hasta que ya estaba todo solucionado. Eso no significa que yo no fuese temerosa, no obstante, yo quería estudiar, y es por ello que, cuando me ofrecen la beca para ir a Estados Unidos, mi papá se opuso, pero yo alenté su esfuerzo por concederme el permiso, aunque también tuviese temor de viajar sola. Todo esto sucedió por el tiempo en que empecé a estudiar con Doña Luisa Manighetti, fue ella quien en realidad cambió el rumbo que iba a tomar mi vida, porque, hasta ese momento recibía las clases de piano en Bellas Artes y no pasaba nada, estudiaba piano y ya. Pero entonces...Doña Luisa le recomendó a mi papá que la niña fuese a estudiar a Italia con una beca, que ella se encargaba de prepararme. Imagínese usted, yo a los once años con esos planes.

Tampoco tengo la menor idea cómo surgió la invitación para participar en la Feria del Libro en Bogotá, Doña Luisa viajó con cinco de sus alumnos -me incluyo- y allá hicimos recitales en la Radiodifusora Nacional; además, ella me seleccionó a mí y a Darío Gómez Arriola para tocar el piano con la Sinfónica de Colombia, nosotros ni siquiera tuvimos que hacer audición para que nos escogieran. No sé por qué, no sé con qué patrocinio ella logró llevarnos a Bogotá, pero así lo hizo. Yo había estudiado mucho el concierto de Haydn que ella escogió -nunca obviamente había tocado con orquesta- pero lo estudiaba con mi papá mientras él tocaba la flauta, él me guiaba y

me decía: “esto es lo que vas a oír, eso es lo que está haciendo la orquesta”. Ya en el concierto todo fue como muy natural, no recuerdo haber estado con pánico, por el contrario, recuerdo haber estrenado un vestido bellissimo -como que no me di cuenta de la magnitud de lo que iba a hacer-. Como anécdota de aquel día, mi mamá fue la que me acompañó, mi papá no pudo porque estaba trabajando; pero yo había estudiado con él, mi mamá por el contrario no sabía cómo iba a ser la presentación, entonces casi se muere del susto porque la orquesta tenía una introducción muy grande y yo no había salido en ese momento al escenario del Teatro Colón, ella pensó que no había entrado, que no me habían dejado tocar, ella no sabía, pobrecita. Luego la repetición de ese concierto en Medellín fue una cosa bella.

Además de la música, a mí me encantaba jugar fútbol en la calle y montar en bicicleta; en la vecindad había solo una familia que tenía una -era una bicicleta negra muy fea, pero servía- nos la prestaban a todos los niños; ahora bien, cuando nos regalaban un poquito de dinero podíamos alquilar más bicicletas. Un día después de un concierto, cuando tenía doce años, llegué a mi casa y veía a todos los niños de la vecindad ahí parados -yo me preguntaba por lo ocurrido- y era que mis padres me tenían de sorpresa la bicicleta más bonita del barrio; era roja, nuevecita, todos querían ver mi expresión cuando viera la bicicleta ¡eso no se me olvida!, a mí me encantaba montar en bicicleta, iba detrás de los buses -se podía hacer de todo en ese entonces- me gustaba montar en patín, pero en uno no más, nunca me arriesgué a los dos, pero lo que pasaba en la montada de un solo patín era que el otro zapato era el que frenaba, y me acuerdo que después de dos o tres días de estar montando así, llegué a la casa y mi mamá estaba muy sorprendida porque un zapato ya se había acabado y el otro estaba nuevo (risas).

Algo muy importante es que jamás me sentí privada de mi niñez porque nunca me obligaron a estudiar más de la cuenta, era una disciplina: entrar a la casa, estudiar veinte minutos, media hora y luego salir a jugar, no es como hoy en día que los padres quieren que los hijos sean artistas y a los cuatro o cinco años los tienen estudiando piano.

Luz Marina Monroy: hay un llamado fundamental en esto, porque se cancela el desenvolvimiento natural de niños y niñas, esto lo digo porque en la actualidad nos encontramos con grandes artistas que son adolescentes retardados en su proceso, retenidos en su infancia. Pero veo que usted se desplegó muy bien en esto, y más en lo que fueron juegos de impacto.

Blanca Uribe: muñecas tenía poquitas, la primera que tuve me la regaló mi hermano Luis cuando tenía quince años, aunque sí teníamos juguetes, no me privé de nada; tal vez me privé de la compañía de mi

familia porque a los doce años cuando Doña Luisa Manighetti se fue para Bogotá, me mandaron para seguir estudiando con ella, me sacaron del colegio, pero después volví. Antes de irme para Bogotá me acuerdo de mi papá hablando conmigo, él me pregunta: “¿tú te quieres ir para Bogotá a seguir estudiando con Doña Luisa?, recuerda que si te sacamos del colegio tenemos que hacer un acuerdo, debes mínimo en el día estudiar cuatro horas”, -y yo le respondí que sí-. Facilísimo, uno todo el día montando en bicicleta y luego estudiaba mis cuatro horas de piano, entonces yo cumplía con mi compromiso. Creo que eso fue en lo único que me privé, porque siento que no estuve mucho con mi familia, por eso venía tanto, por el calor de la familia, a mí me encantaba estar reunida con todos.

Más adelante cuando estuve en Viena, fueron tres años de lejanía porque las llamadas de larga distancia eran muy costosas; entonces no hablé en esa época con ellos, todo era por carta, y uno sobrevivía sin quejarse, porque desde los 17 años estoy viviendo sola, hasta en Austria sin hablar alemán, pero con unos amigos espectaculares que al día de hoy todavía somos amigos.

A los trece años me fui para Estados Unidos con la ayuda de Don Diego Echavarría quien les sugirió a mis padres que sería bueno que me fuera a Estados Unidos, donde vivía mi tío Miguel Uribe, que en ese entonces estaba de chelista en la filarmónica de Kansas. Norteamérica era el único lugar al que yo podía salir a esa edad, allá había un profesor polaco muy bueno, mi tío lo había investigado, pero no teníamos la plata para el viaje, entonces Don Diego Echavarría me invitó a tocar piano en El Castillo en 1953 -nosotros vivíamos casi llegando a la iglesia de Manrique-, cuando llegó el carro de Don Diego a recogerme con el chofer, salió toda la vecindad, y mi mamá y yo estábamos elegantísimas para ir allí. La llegada a esta residencia en el Poblado no la olvido nunca; conocí a Doña Adita.

A la entrada del castillo estaba el chelista Adolfo Ofnopoulos, quien se encontraba de gira en Medellín con su esposa cubana, ella también pianista. Me invitaron a tocar y luego fue la comida -aquello era como un cuento de hadas-. Recuerdo que Don Diego le dijo a mi mamá “arreglen el viaje y si tienen a donde enviarla yo me encargo de pagarle el estudio”. Después de eso me encontré una carpeta de cartas que mi papá escribió al Ministerio de Educación, a la universidad y demás instituciones oficiales -pidiendo ayuda para su hija-, en todas las respuestas lo felicitaban, pero le decían que no se podía. Y llega esto que no lo pedimos porque yo no conocía a Don Diego como para que él me invitara a su casa y me dijera: “váyase a estudiar que yo me encargo de sus estudios”. ¡Eso no me lo podía creer!, pero así lo hizo, él se encargó de mis estudios durante diez años hasta que me gradué en Viena. Es que todo ha sido como mágico.

Luz Marina Monroy: con sus padres usted estableció una relación epistolar preciosa y continua, ¿todas esas cartas se conservan?, porque ahí podemos hacer un seguimiento pormenorizado de lo que fue la construcción de esta carrera y también de la vida familiar.

Blanca Uribe: Sí, yo tengo todas las cartas.

Luz Marina Monroy: maestra cuéntenos ¿cómo fue el primer viaje, la primera salida del país?... niña todavía.

Blanca Uribe: Sí, a mis 13 años. Por suerte mi papá hacía seguimiento de todo lo que yo hacía, por ejemplo, cuando me fui para Estados Unidos en 1953 que llegué a Miami, un amigo de la familia me iba a recoger, y al día siguiente salía el avión para Kansas. En Miami en aquella época nadie hablaba español, además no había aire acondicionado en el aeropuerto y al señor encargado de recogerme, le habían dicho que yo iba con abrigo rojo y un sombrero azul debido al frío de Kansas. Ese día, en aquel aeropuerto, con mi abrigo rojo, muriéndome de calor, y yo veía que pasaban y pasaban pasajeros, y ellos me miraban; después de mucha espera, dejaron entrar al señor de apellido Angulo y él me dice: “no te dejen entrar a Estados Unidos porque aquí hay un certificado que dice que tienes amiba contagiosa”, ¡me sorprendí!, porque en mi certificado decía que la niña Blanca Uribe no tenía ninguna enfermedad contagiosa. Frente a esto, tenía dos alternativas: una era devolverme para Colombia y enfrentar esa despedida que me hicieron en todos los periódicos: “La niña Blanca Uribe becada por Don Diego Echavarría”, para luego decir que me devolvían por amibas, y eso no podía ser. La otra alternativa, era ir a un hospital y hacerme un examen, si salía negativo, debería permanecer internada ocho días para que hicieran exámenes, pero si salía positivo, me regresaban para Colombia. El señor Angulo me dijo: “¿qué quiere hacer?”, -yo tenía trece años-, no podía hablar con mi papá, no podía hablar con nadie, entonces decidí hacerme el examen; fue así como me llevaron al hospital porque no me querían dejar ir con el señor Angulo para la casa de su familia, con su esposa y sus niños, porque en inmigración decían que iba a contagiar a su familia. Luego de hacerme la prueba de amibas y salir negativa, me internaron en una clínica en un pabellón de enfermedades contagiosas, donde nadie me podía visitar. La familia Angulo me visitaba por un huequito, y después de varios días, sí perdí la fuerza y me puse a llorar. Es que me quitaron todo lo que había llevado; y lo primero que se me ocurrió es que a mi papá no se le podía contar, porque le daba una patatús; a mi mamá sí se le podía contar pero no había teléfono para hacerlo. Mi tío estaba desesperado en Kansas, no obstante, él resolvió decirle a mi papá por telegrama: “que la familia Angulo invitaba a Blanca a quedarse una semana con ellos”, a mi papá en Medellín eso no le gustó ni poquito. Luego en una carta les conté con detalle todo lo que pasó.

Luz Marina Monroy: maestra ¿cómo fue su actividad académica en Europa?

Blanca Uribe: una vez que me gradué en Viena, seguí estudiando en esta ciudad, porque el profesor que tenía en la academia me decía que siguiera con el piano, que todavía estaba muy joven. Él le escribió una carta muy linda a Don Diego diciéndole que yo me podía quedar, que me estaba yendo muy bien. Para ese entonces mi familia pudo gestionar una Beca de la OEA para estudiar en Nueva York, cuando ese estudio se pudo dar, entonces yo viajé a Colombia. Mi madre estaba muy feliz de que yo estudiara en New York. Fue una época muy difícil para mí, porque la audición asignada para un 21 de septiembre, tuve que hacerla sabiendo que mi madre estaba muy enferma en Medellín. Fue inevitable, presenté la audición y pasé los estudios. De inmediato me regresé a Colombia, pero al llegar, mi madre ya había fallecido.

Ella, a todos sus hijos, nos alentó e impulsó por el estudio y por la música, al igual que lo hizo mi abuela Materna, que en 1908 vendió la casa que tenía y mandó a sus tres hijos hombres (mis tíos) a estudiar a Estados Unidos, en ese entonces el viaje al puerto de Barranquilla, era en mula, les tocaba pasar por ríos, esa experiencia era muy arriesgada. Definitivamente mi mamá heredó esa misma actitud y esperaba que sus hijos, como fuese, estudiaran en el exterior.

Otra anécdota. En uno de mis viajes a Viena, hice escala en París, en ese entonces tenía 17 años, y debía conseguir hospedaje por esa noche. En Caracas se había subido una niña escocesa cuyo padre trabajaba como asesor petrolero en Venezuela, nos hicimos amigas en el avión, ella me acompañó a buscar hotel y después de no poder conseguir ella me invitó a su hotel; era un lugar muy elegante en los campos Elíseos, hace poco me encontré la tarjeta postal en la que escribía a mis padres mostrándoles el hotel de lujo donde en ese momento me hospedé.

Luz Marina Monroy: hay una cosa interesante en todo el discurso, porque en dos momentos he sentido que resuena una pregunta que intenta confrontar el pasado con la actualidad que vivimos. La soledad del hombre contemporáneo, donde teniéndolo todo está profundamente concentrado y aislado en sí mismo y no tiene tiempo para compartir con el otro. Su historia, en cambio, es de una permanente exposición con el medio, con la gente, y todo surge sin que usted lo pida, y en esa vocación bella que tiene el humano de crear, de dejar huellas en su historia, usted las ha dejado todo el tiempo. ¿Recordaría una en particular de esta etapa todavía de su adolescencia?

Blanca Uribe: cuando ganaba premios y concursos, lo primero que hacía -desde donde estuviese-, era mandar un telegrama a mi familia, y en ellos decía “gané premio”, “gané segundo lugar”. Esto hacía sentir a mi familia en Medellín muy orgullosa, esa era la única comunicación, y me acuerdo como si fuera ayer, mis idas a la estación del tren de Viena para poner el telegrama, -esa era la celebración-, luego esperando el cable de respuesta de mi papá y la carta de mi mamá, y se me van los días recordando la conexión con mi familia que nunca se perdió. Yo pasé cincuenta y tres años fuera de Colombia, pero pienso que nunca me fui. En mí siempre estuvieron presentes, la familia, los amigos, las montañas de Medellín, el oriente de Medellín -donde vivo ahora muy afortunada-.

Conservo también imágenes de cuando hice el primer viaje de regreso de Estados Unidos a Medellín en 1955. Vine de vacaciones a tocar con la orquesta y a visitar a Don Diego. Recuerdo que me bajé del avión en el aeropuerto Olaya Herrera, y a pesar de haber vivido aquí desde los ocho años, por primera vez, me doy cuenta de las montañas. Esa imagen de Medellín rodeada de verde no se me olvida nunca, tal vez por el contraste de haber vivido en Kansas, una tierra tan plana. Por ello ahora que vivo en el Oriente antioqueño en medio de montañas me considero muy afortunada. Vivo en el paraíso.

Otro recuerdo fue un trasteo en el que estaba lloviendo a cántaros, ese día fui al correo por un paquete que me había llegado, en ese momento me robaron la cartera ¡con todo! Recuerdo que me bajé del carro antes del trasteo y me encontraba sin documentos. ¡Ese fue un episodio traumático! Esto sucedió en un viaje en el que me venía para Colombia. Me tocó quedarme tres días más para resolver asuntos financieros y legales. Yo llegué en el 2005 a Colombia.

Luz Marina Monroy: maestra, lo que usted nos cuenta, tiene incluso unas resonancias poéticas que me recuerdan a Borges cuando viaja de Suiza a Buenos Aires. En ese regreso, luego de haber hecho un tránsito importante por Europa, se le apareció Buenos Aires, una ciudad que de tanto tenerla cerca y de haber vivido allí, nunca reparó en ella. Desde ese momento para Borges, Buenos Aires aparece en otra dimensión que ya nunca más dejó de acompañarlo. En su experiencia siento lo mismo.

Ahora, vamos a retomar a Viena, ¿Cómo fue su estudio en Viena, el maestro con el que se encontró, con quienes compartió, esa disciplina de fuego que tuvo?

Blanca Uribe: la llegada a Viena fue muy bonita porque me encontré con Lía Montoya, una cantante con una musicalidad y un timbre de voz espectacular. Fue por mi amistad con ella que me involucré con ir a la

ópera, a este espectáculo asistíamos y lo escuchábamos paradas, recuerdo haber visto una ópera de Wagner. Yo admiraba mucho a Lía, ella fue una compañera en esa soledad que se siente al estar en un país extraño. No obstante, en el lugar en donde vivía, yo tenía el piano en mi pieza y ese era mi mundo. Además, también había muchos estudiantes latinos en las mismas condiciones. Fue así que hicimos un grupo de latinoamericanos. Allá en Viena donde había dos familias: una mexicana y una argentina, nos invitaban en algunas oportunidades a almorzar y nos daban una comida sensacional. La familia argentina eran los padres de Marta Argerich, ellos siempre nos apoyaron, efectivamente eran bellas personas. Así pues, éramos entre todos una familia, nos apoyamos en situaciones difíciles y nos compartimos incluso el dinero en situaciones complejas.

En Viena tuve un profesor muy estricto, el cual me cambió toda la técnica. Además, el piano en donde daba la clase era muy duro, me tuve que esforzar mucho. Como a los tres o cuatro meses, el profesor estaba muy sorprendido de que una niña de 17 años viajara desde Colombia para ir a estudiar con él, en esa ocasión me oyó y no se impresionó con escucharme, pero me dijo que igual continuara en el proceso. Las clases eran en grupos de cinco, a mí me tocaba por ejemplo los lunes, llegábamos a la una de la tarde y nos quedábamos hasta las siete o siete y media de la noche, a veces hasta que el profesor quisiera. Ninguno conocía el turno para tocar, todos mis compañeros eran muy buenos pianistas. En esas clases me pasó como en esos momentos en donde uno se bloquea, en donde ni lo viejo ni lo nuevo suena. Yo estudiaba y estudiaba y nada salía.

Mis amigos de esa época son amigos de toda la vida. Para ese momento, cada uno de ellos preparaba un concierto, interpretaban Tchaikovsky y Beethoven, mientras yo seguía con ejercicios de técnica, porque el profesor era muy duro, -parece que se estaba divorciando ese año y nos la puso muy dura-. Un día llegó a decirme “yo por qué la recibí a usted, usted no está progresando, si quiere seguir tráigame un concierto que quiera tocar”; en medio del pánico contesté que tocaría el segundo concierto de Chopin, -confieso que le dije una mentira porque ya había estudiado ese primer movimiento-. Él aceptó y a la semana siguiente llegué con el primer movimiento - el cual había estudiado hacía tres años-, afortunadamente lo recuperé rápido. Después de escucharme, el profesor me dijo: “mmmm... mmmm no esta tan mal”. Esa era la única palabra de apoyo que yo necesitaba escuchar de él. Después de ese momento empecé a tocar y a tocar, y a los tres años de estar con él, me cogió gran cariño. Fue conmigo un profesor extraordinario, pero muy duro.

Imagínense que, en una oportunidad, en que yo iba a comprar una boleta para ir a la ópera con Lía -en galería- ¡y esto era la lotería!, hicimos

cola toda una noche, incluso nos abrieron unos corredores para pasar la noche, cada persona llevaba almohada, estábamos en grupos de dos o tres, uno dormía el otro salía a comer algo, incluso nos abrieron los baños en la ópera. Al otro día compramos las boletas para ir a ver una nueva escenografía de *La Flauta Mágica* dirigida por Herbert von Karajan. Recuerdo que luego llegué a la clase de piano, y le pedí el favor al profesor de dejarme salir un turno antes para ir a la ópera. Su respuesta fue negativa, a tal grado que me dejó de última, lo peor era que yo tenía las boletas. Cuando llegamos a la ópera ya nos habíamos perdido el primer acto. A la pobre Lía le tocó esperarme.

Un asunto que he aprendido y que observo ahora es que ya no hay alumnos que esperen cinco horas para recibir una clase de piano. Los profesores actualmente ya no hacen eso. La época de un estudiante esperando por su clase ya ha pasado. Hoy los estudiantes tienen que trabajar. En mi época solo estábamos para estudiar, y así tiene que ser cuando se estudia la música o se estudia un instrumento; esto es así porque hay que formar la parte física. De joven se está en la edad en la que el cuerpo se está desarrollando. Mi experiencia fue ocho horas al día tocando piano. Por estudiar todo ese tiempo me sacaron de unos cinco apartamentos en un año. Los vecinos se quejaban de que querían hacer la siesta, a pesar de que yo solo estudiaba en el día. Fue por eso que me sacaron -tantas veces- de apartamentos en la ciudad musical de Europa "Viena", entonces me sentí como Beethoven al que también lo echaban de todas partes. (risas)

Luz Marina Monroy: en esas clases se puede observar el beneficio de que fue una experiencia colectiva que se nutría del talento y la construcción de los otros. Pero entonces aprovechemos este momento maestra, para que nos hable del cuarto concierto de Beethoven.

Blanca Uribe: el cuarto concierto de Beethoven es, mmm.... a mí me han preguntado mucho si he sido discriminada por ser mujer, y en realidad no, porque no pienso que las dificultades que tenga sean porque soy mujer. No tengo esa actitud. Pero sí recuerdo cuando fui a tocar en Berlín, en mi debut con la sinfónica de Berlín, en el cual toqué el cuarto concierto de Beethoven. Todas las críticas dijeron que lo había interpretado muy bien, a pesar de que los comentaristas de la música decían que ese concierto era para la mentalidad de un hombre, expresando que la profundidad de esta obra se alejaba de la sensibilidad de las mujeres, y por ello nos estaba vedado interpretarlo. Esa noche también tocaba una trompetista norteamericana. En la década de los 70 era muy extraño que una mujer fuese solista en Berlín. Incluso los músicos de la sinfónica se asomaban entre bambalinas y decían: "este acto de circo lo tenemos que ver porque es

una trompetista mujer”. Además, ella era muy joven y así tocó el concierto de Haydn, creo que con su talento les petrificó la sonrisa a todos.

Otra crítica que recibí, fue después de dar un recital en Estados Unidos. Antes del concierto, hice mis ejercicios y al hacer un mal movimiento con las manos, algún músculo se me dislocó, quedé con un dolor impresionante. Recuerdo que trataba de abrir un poco la mano, pero me daba mucha dificultad. Me dieron una pastilla, y aunque seguía sintiendo un gran dolor, de todas maneras, salí al escenario y toqué. No recuerdo haber tocado tan mal. Pero el crítico dijo: “ir a este recital me recuerda la frase de que las mujeres son para verlas y no para escucharlas”. Por lo general he tenido muy buenas críticas, en esa oportunidad el efecto debió ser el de la pastilla, nunca supe qué me dieron para el dolor.

Luz Marina Monroy: quiero devolverme un poquito. Usted se queda en Estados Unidos, no puede estar presente en esos momentos difíciles de su familia, momentos de pérdidas, no obstante, lo enfrenta. Es que estaba entre la decisión de salir de ese país y perder la posibilidad de volver a entrar, ¿por qué, ¿qué pasa con la tarjeta de inmigración?

Blanca Uribe: ¡exacto! A pesar de haber estado por fuera del país desde 1953, nunca me quise hacer ciudadana norteamericana y eso que me tocó el tiempo que en cualquier colombiano era retenido en todos los aeropuertos. Pero yo seguí con mi pasaporte colombiano, ese era el modo de sostenerme en que “Yo soy colombiana”, aunque sé que haber tenido ciudadanía norteamericana me hubiese facilitado el regreso en épocas de urgencia, sobre todo cuando enfermaron y murieron mis padres. Incluso en la muerte de mi padre por perder los documentos, no puede viajar a tiempo a Medellín, además al otro día tenía que tocar dos conciertos en Estados Unidos, estos fueron dedicados él, porque la conexión que tuve con mi padre fue muy especial, aquella vez toqué el concierto para piano K.415 en do mayor de Mozart.

En este esfuerzo por tramitar mis documentos, recuerdo que años después traté de aprender a manejar un pequeño computador en la década de los ochenta y así organizar la información y pedir la ciudadanía. Eso me tomó como dos o tres años, pero entonces cuando conseguí el pasaporte norteamericano -y en ese entonces no era muy claro si uno podría tener dos ciudadanía- para mí sí era clarísimo, yo nunca entregue mi pasaporte colombiano.

Luz Marina Monroy: maestra cuando usted habla de la experiencia dura, difícil y drástica con el maestro de piano y luego venimos a Medellín, vemos su trayectoria que, en lo que ha sido la formación de pianistas, es todo lo contrario, porque a usted se le reconoce como una maestra

muy generosa, que además, cuando tiene que hacer una salida viene y duplica o triplica ese tiempo de reposición. A eso le sumamos que usted espera pacientemente a que cada uno de sus alumnos pueda encontrar su sensibilidad, sin que esto signifique dismantelar o arrasar la preparación juvenil que sus estudiantes han tenido. Usted los guía para que descubran su propio criterio, su propio talento, ¿cómo es esto?

Blanca Uribe: los alumnos que están dedicados a la música acá en Colombia -me he dado cuenta-, a todos los une, de verdad, una pasión; no veo a nadie obligado, eso es lo que quieren hacer. Desafortunadamente para nosotros, la enseñanza de la música debe empezar desde la infancia, por un lado, por el desarrollo físico; este es necesario para expresar la música como uno quiere. Pero si el oído me pide algo que la mano no puede hacer, hay una dificultad. Por otro lado, porque la competencia que tenemos hoy con los asiáticos a nivel mundial, es muy fuerte, a ellos desde los cuatro años los sientan a estudiar, y esos niños se quedan en el piano hasta seis horas. Aquí los niños estudian una hora y les da una pataleta. Otra cosa que observo es la dificultad de los jóvenes para abordar alguna clase de repertorio, aunque valoro la tenacidad de lo que quieren hacer, es tan supremamente bella. Además, como maestra, ese contacto humano con los muchachos ha sido lo más enriquecedor de mi vida, mis alumnos son muy cariñosos y tienen un constante agradecimiento conmigo.

Creo que desde pequeña fui muy afortunada, siempre tuve una cierta agilidad con la música, pero luego cuando llegué donde el profesor Hausser, él me empezó a corregir, me decía: “esto no se puede hacer”, entonces tenía 17 años pero la técnica no había crecido conmigo, porque mi profesor anterior -aunque muy bueno- nunca me dijo de posiciones, de peso, de tensiones ni de dónde apoyar. Mi profesor anterior se había contentado con que yo tocara obras, luego me di cuenta que estaba tocando piezas que me daban dificultad; fue en ese momento, con el profesor Hausser, que comprendí la importancia de aprender la técnica. Por eso he tratado de hacer lo mismo con mis alumnos, de ayudarles para que musicalmente puedan expresar lo que quieran. La técnica es para expresar lo que el oído te pide. Uno debe enseñarles a dominar sus pesos, sus tensiones y sus posiciones para que el oído esté contento con la expresión. Muchas veces no nos oímos, no nos escuchamos. Una vez una profesora rusa me dijo “te ves tan bien querida, pero suena tan feo”, yo les cuento esta anécdota a mis alumnos y ellos se ríen.

A veces ensayo alguna cosa y me funciona, entonces lo enseño. Hace días digo que me quiero retirar, pero me haría mucha falta estar con mis alumnos, relacionarme con sus respuestas y disciplina, comprendiendo las

limitaciones que tienen porque muchos de ellos, la gran mayoría, tienen que trabajar.

Luz marina Monroy: ¿cómo ve usted la formación de músicos en Medellín?

Blanca Uribe: a mí me parece que del desarrollo de la música y de esos temas se habla poco. Viendo las orquestas juveniles que tenemos en este momento, que son verdaderamente espectaculares. Por ejemplo: la Academia Filarmónica de Medellín. En estos días estaba escuchándolos con un pianista español y él decía: “esto es la joya de la corona”, estaba impresionado por la forma como tocan los jóvenes en Medellín. A esto agreguemos la formación que reciben muchos jóvenes de la ciudad en La Red de Escuelas de Música de Medellín y la Orquesta Sinfónica, la Filarmónica Joven de Colombia. De todos estos admiro no solamente la forma maravillosa con la que tocan sino también el espíritu con que lo hacen, se les ve esa alegría por estar ahí. Eso es maravilloso.

Por el contrario, la formación de solistas sufre un poco, porque como le dije, no empezamos suficientemente temprano. Hay excelentes maestros en Colombia, no obstante, el reconocimiento de los padres para que los niños empiecen a estudiar música desde temprana edad, es escaso. Esa es una decisión difícil. Sentar al niño a estudiar cuatro horas, es decirle de alguna manera, qué va a ser este niño después. Ahora bien, si no es así, no competimos en el escenario internacional como solistas. Incluso, algunos padres saben que sus hijos tienen mucho talento, pero deciden para ellos otra cantidad de actividades como el deporte o el baile. Ven la música como un toquecito, y así no formamos solistas. Es relevante el papel de las orquestas y el estudio universitario en este país, hoy podemos hablar de que hacemos una excelente música. Los estudiantes que salen graduados en Colombia, en lo referente al contrapunto, el análisis, la teoría e historia, van mejor que cualquiera. Eso es muy bonito. Los pregrados, las maestrías están sacando músicos muy bien preparados, pero sí necesitamos que empiecen con el instrumento, en forma y en serio, desde muy pequeños.

Hay algunos niños que nacen con una sensibilidad hacia la música, por ejemplo, en mi tiempo tocar estudios de György Ligeti era imposible, eso no se veía, ahora yo he sido jurado de niños de diez a dieciséis años tocando Ligeti y es porque la maquinaria de su cuerpo está funcionando, porque empezaron desde pequeños. Ahora bien, con la música contemporánea, yo tengo que admitir que no he explorado este campo con mis alumnos, y es simplemente por un motivo: si ellos piensan en hacer una maestría en el exterior, les van a exigir un repertorio básico, para lograrlo deben tocar música del estilo clásico: Mozart y Beethoven. Sin esto repertorios, no pueden hacer una audición en ninguna parte. Hay que enseñarles cómo

se toca Bach, cómo se tocan los clásicos, cómo van a usar el pedal y cómo se articulan frases. Son una cantidad de detalles que hay que formar, y como ellos trabajan en muchas cosas, no tenemos suficiente tiempo para aprender a interpretar música contemporánea, para ellos esta música es muy difícil porque no están acostumbrados.

Frente a esto, ahora hay dos proyectos que recomiendo: *Blancas, negras y Mulatas* de Víctor Agudelo, que son 24 piezas cortas con diferentes dificultades y con un idioma muy contemporáneo -son piezas maravillosas-, en este momento tengo cinco estudiantes que las quieren tocar, porque no se les va a llevar las cuatro o tres horas de estudio para aprender una sola cosa nada más. Por eso son necesarios este tipo de repertorios. En otra época yo toqué mucha música contemporánea de un compositor norteamericano, del cual grabé mucha de su obra -muy difíciles- pero pensaba ¿a quién le doy una obra de esas, sabiendo que son difíciles de interpretar y no tienen el suficiente tiempo para hacerlo? Como respuesta a este tipo de situaciones, Angélica Toro comisionó a todos los compositores de EAFIT a sacar un tomo para principiantes con piezas sencillas, en un idioma al que los niños no están acostumbrados, pero que, si se les enseña desde pequeños, se acostumbran con facilidad. Con esto se está tratando de remediar el hecho de que nuestros muchachos y yo -me incluyo en eso-, no estemos tocando mucha música contemporánea. Recuerdo haber tocado una obra de Jesús Pinzón y la toqué en todas partes, y me encantó.

Luz Marina Monroy: Queremos terminar dándole las gracias a la Maestra Blanca Uribe por habernos ofrecido esta bella entrevista y por ceder su publicación para Artes la Revista.

Blanca Uribe: gracias a ustedes, es con mucho gusto.